



ENCANTAMIENTO

Por _____
MIGUEL LUIS ROCUANT

R. MATTE DE INIEZ.—Enchancement.
MUSEO DE BELLAS ARTES

Al ver este desnudo tan fino y leve, desearía no salir de su línea, recluirme en su candor, seguir, hasta su desvanecerse, la sonrisa que va por sus pulidos y suaves relieves. ¿A qué apartarse del dibujo, del modelado juvenil? ¿A qué indagar si la idea esculpida es bella y si ha o no correspondido a su carácter la interpretación que la escultora ha melodizado en la piedra? El lineamiento de la imagen debería bastarme para la delectación sensitiva de percibir la frescura del cuerpo risueño, pues su unidad domina de tal modo que, ante ella, los pormenores, aun los más expresivos, desaparecen. Sí, ninguno desvía, atrayendo la vista con un valor prominente, el equilibrio de los volúmenes inclinados, y ninguno impide que me dé, antes que a su vida incidental, al conjunto, a la fluidez con que las sinuosidades corporales trézan y destrézan, en la inmovilidad de la espera, sus divagaciones ora blancas ora sombrías.

Mas, agotado el discurrir de la línea, el deseo de no pasar el linde de la piedra, de no extraviarse en lo especulativo formal, se disipa. El movimiento de la joven, su atisbo, me lleva al más allá de lo escultórico. La figura no es ya un simple tema de modelado juvenil: adquiere, por su equilibrio cauteloso, individualidad y carácter. Asida con la mano izquierda a rudo tronco de árbol y apoyada a la derecha en el borde de su asiento de rocas, se inclina, suelta la cabellera, sobre el abismo del mar. Su faz sonríe. ¿Qué espera de la ola que sube? ¿de la espuma que rumorea? Su imagen es tan sugestiva que, aun después de embotadas en mí, por su continuidad, las sensaciones de albor, sigo viéndola, bajo la luz de este día frío y opaco, nívea y risueña, pero no ya en su corporalidad concreta, sino en el dibujo de su atisbo, en el diseño de su actitud. Se diría que va por ella una visible transfusión de valores artísticos en morales, que la línea se convierte en alegría y la blancura en esperanza.

La idealidad de este aspecto la define en la belleza que tuvo cuando era, en la mente de la artista, imagen risueña y pálida, en su belleza preescultórica. Su lineamiento va como luz fluida, perdiéndose aquí

o apareciendo allá, según las necesidades del modelado. Y como desde el deleite que senti la primera vez que me acerqué a ella, al de suponerla en su translucidez originaria a fin de admirar cómo lo que es aquí en la escultura, piedra, fué allá, en el espíritu creador, ensueño, he aguzado mis medios perceptivos, me doy a la dulzura de estimar, hasta en sus mejores detalles, la juvenilidad de sus formas. Es un instante níveo. En él me detengo indeciso o absorto hasta que la insaciabilidad de mi espíritu que llega, frente a lo bello, a las delicias martirizadoras, me impele a pensar, y me pregunto: ¿Qué determinó en la mente de la escultora la línea de la imagen? ¿De qué medio se valió su pupila para no perderse en el cálculo de los valores casi aritméticos que rigen, dentro del equilibrio de la actitud, la variedad de los contornos volubles? ¿Bajo la luz de qué ensueño pudo vestirla de tal castidad que la veo animada de tantas venas de azul y de ninguna de fuego?

* * *

El punto inicial de una obra se pierde en el misterio de saber qué lo precisó en la sensibilidad del artista; el algo que sólo después, cuando ha pasado por la conciencia sabemos ser una afinidad emotiva, un recuerdo, o una revelación súbita. Discurrir sobre él, es un principio de análisis que ayuda a ver la obra, a definirla, pues mientras más cerca estemos del origen que le supongamos, más clara se presentará a nuestros ojos. Esto, naturalmente, cuando ella se presta, por sutil o abstrusa, a las más diversas interpretaciones, no cuando evoca una idea o imagen inconfundible. Así, esta escultura, puede ser, antes que nada, el recuerdo de una leyenda. Al ver el pensativo acecho en que la joven se inclina y la helinidad de su desnudez, nadie dejará de pensar en la niña enamorada de Narciso, en Eco. Las piedras del asiento y el tronco del árbol de que está asida, contribuyen también a recordar el mito. Sola y atenta al repercutir de su voz, en que oía la lejana respuesta del amado, Eco vivía en el silencio de las espesuras, a orillas del Cefiso, aromatizado por

los mirtos que sobre él esparcian, en sus juegos, las Gracias. Vivía absorta en el recuerdo de la voz querida. Su amor no la hizo correr tras el esquivo adolescente que la desdénó; la detuvo, consumida por delicioso fuego, en la soledad, donde según el verso de Ovidio, vive y vivirá, pues, invisible para los ojos mortales, alienta aún, haciendo resonar su voz en el fondo del valle o en los meandros de la ribera. Por eso cada vez que ha sido evocada por la luz o la piedra, ha surgido en actitud de escucharse, y, tal como en esta figura, al borde del agua, entre las peñas o bajo los árboles. Ha sido la virgen tímida que busca, para soñar con su amor, el retiro de la selva, no la que, al decir de los alegres actores del carro de Téspias, corrió tras el amante, enloquecida y descabellada como una ménade en el vértigo de las festividades báquicas.

La actitud de la niña induce, pues, el recuerdo de la leyenda recogida por el poeta latino; pero los versos franceses que inscritos en cartel tiene la base de la piedra dicen que el origen de la obra está en un poema. La joven, dominada ora por la alegría, ora por el dolor, cree oír en la tarde, a orillas del mar, una voz: es su corazón. Este sentir la desdiviniza. Ya no es una entidad mítica, sino un ser que siente como sentimos. Y el motivo de su actitud,—la voz que venida de lo íntimo es, para el que sueña, la del viento o de la ola,—resulta así un humano que lo recuerdo ser uno de los temas cantados con más dulzura por las lenguas líricas de hoy. ¿A qué decir uno por uno los modos de interpretarlo que han tenido los poetas menores? Baste, para la reminiscencia comparativa, saber cómo lo vieron los grandes. Si para el autor de los versos inscritos en el cartel, lo sentido en la voz de la ola es la palabra del corazón, para el más fino de los artífices verbales, para Heredia, es la voz de la amada. Un día el poeta recogió de la arena un caracol y, al acercarlo a su oído, su murmullo le recordó una voz extinguida para siempre. La voz sube leve, blanda, pero insistente, y llena del delicioso pavor de lo que reanima las emociones muertas. El enamorado la siente resonar suave como el rumor de la marea en la quietud de un antro ribereño. Su curiosidad la escuchaba, pero no sigue sus ecos, como el inspirado que, en un minuto de translucidez interior, oyó en sí, en vez de la voz del recuerdo, la palabra del espíritu. Shelley peregrinaba, por la soledad, tras el misterio de su propio vivir. Rendido, se duerme. En su reposo, alguien le habla, ¿quién? una voz íntima. ¿Decía la tibieza de la esperanza? Cantaba. Su melodía, leve como la sonrisa del aire que se une a la sonrisa del agua, mantenía suspenso en la trama de sus matices cambiantes, su sentido. ¿Era la nereida de la ola, la ninfa de la selva? Era su alma. Al salir de la quietud, al despertar, el poeta siguió su camino. ¿Dónde oiría de nuevo la

voz que lo arrulló con delicado acento? Vagó, vagó. Mas nunca, ni en el instante de dar la vida a la tierra, volvió a sentir la delicia de la música escuchada en el silencio de sí mismo, en la paz de las ideas. Esa voz, desvanecida para Shelley, volvió a sonar para Lee-Hamilton. No fué ya la voz de la amada, ni la del espíritu, sino la de un mundo lejano. Pues si en el zumbido de la amonita alguien oye el de las olas de distante mar ilusorio, yo, suspira el bardo, en ese murmullo que es el de la sangre, siento el rumor de un mundo que está en el más allá de la vida. Su existencia es imaginaria, pero su voz llega a mí y me amedrenta con su clamor. ¿Cómo librarme de su acento de abismo? Sé que lo sugerido por ella es tan irreal como el mar evocado por el caracol, pero, aun convencido de su inanidad, tiendo en actitud de ruego mis manos temblorosas a su nada. Su misterio me atrae; me doy a él como a un encanto que me aduerme, pues situado entre un resto de lo pretérito y un indicio de lo futuro, sueño arrullado por sus voces. Mas, ¿a qué, pues, si no revelan nada del origen, ni del fin de la vida, el eco que nos da la amonita y el balbuceo de promesas que nos da el corazón? El poeta se detiene, medita y sonríe persuadido de que ellos, vengan de donde vinieren, han de ser los sagrados, puesto que lo despertaron al ensueño y a la esperanza. Al estimarlos así se convierten en voces augurales. No son ya indefinida supervivencia de las brisas y los mares perdidos, ni recuerdo de los episodios de nuestro sentir, de las ternuras, de los amores, sino la claridad que deja ver el encendido, pero siempre risueño fondo de la vida y las cosas.

★ ★

¿A qué seguir? La línea de la imagen me une a la melodía del relieve, de la curva que se desliza en la que, a su vez, se disuelve en otra. Al ligarme a su fugacidad, siento que uno de mis nunca saciados instintos de sensitivo halla en el desnudo lo que ha perseguido desde no sabría decir qué minuto de mi existencia. ¿Es uno de los sutiles y deliciosos instantes que acaso vivieron mis antepasados en el seno de la leyenda, junto a las desnudeces divinas, el que ha podido llegar a mí para enaltecerme con un comienzo de sensibilidad helénica, de algo que frente a la belleza de estos lineamientos corporales se remueve en mí como la melancólica supervivencia de un placer que no será ya, nunca más, en la tierra? ¿Es alguna de las primitivas inquietudes de la vida, de esas que, en la agudez visionaria de ciertos estados psíquicos, he percibido al pasar por mí en su ascender hacia la alegría o la blancura soñada por ellas en la inmovilidad de la sombra originaria? ¿De dónde ha podido venir la no presentida inflorescencia que abre

en mí sus cálices de ensueños frente a las inflexiones modeladoras?

Sea lo que fuere, esta inefable inquietud me purifica, y bajo su estímulo, la luz que se desliza por los pulidos contornos de la piedra es, para mí, algo a modo de la vida que va por la nieve de una flor. Sí, es ella la que al desenvolverse, logra que la piedra sonría y sueñe como si estuviera en un punto mismo en que las energías generadoras de una ilusión de desnudo se definen en fondo de esperanza, y, enardecidas, se objetivan en el sentimiento de los relieves corpóreos. Ante la ufanía de su deslizarse, vibro y pienso. La actitud de la figura me impregna de su intento, me inclino hacia lo ignorado. ¿Qué surgirá del misterio marino? ¿Qué dirá la ola? ¿qué la espuma? ¿Sabén ellas, que vienen de lo infinito, adónde va la vida que recibí también de una ansiedad suprema? Inclinado con la misma avidez de la joven, aguardo. ¡Oh, la dulzura de la expectación melodiosa! En ella, prolongada con el pensamiento de gustar hasta su más leve incidencia, juego con los valores morales que quiero suponer despiertos en la mente de la niña, y enlazados en equilibrio coherente con su actitud. ¿Cuál de ellos excitaré para que decida con su acrecer el carácter del momento psíquico? ¿La alegría? ¿la esperanza? ¿el temor? Divago. Mas, impelido por la necesidad de libertarme de lo que me incita a discurrir, avivo, primero, la alegría, y la joven sonríe en un principio de triunfo sobre sus dudas; después, la esperanza y las blancuras se transparentan; por último, el temor, y, oscurecida, la piedra se hace medrosa. Extinguido el estímulo psíquico de la expectación, vuelvo al desnudo, y me ervo al ir, al deslizarme por el alisamiento de sus relieves. La más sutil de mis fibras digitales, la que acaso fué insensible a la pulpa jazmínea, se aguza y adquiere la perspicuidad sensitiva de las antenas papilarias cuando se confunden, ávidas, en el presentimiento de los roces nupciales. Mis dedos, mis manos ansían, y leves en el desenvolverse de su anhelo, que será caricia, se posan, ilusoriamente, en la dormida luz que modela las ondas de los cabellos, en la claridad de las redondeces rotulianas, en las líneas inguinales, finas y penumbrosas; y así, de translucidez en opacidad, recogen tal suma de delicias que las sienta alboroar en la alegría de sus sensaciones casi místicas por lo puras, melodiosas y blancas.

★ ★

La agudez de estas volubilidades sensitivas me dispone para el análisis de la figura. La veo más leve y delicada que antes, y advierto que, sea cual fuere su origen,—reminiscencia legendaria, o visión sugerida por los versos de que hablé,—su vida está, antes que en nada, en la actitud. Y es lo que debía ser. Si el más indeciso momento psíqui-

co es fisiológico, si aun escondido por el velo clásico o la vestidura moderna, el lineamiento corporal puede revelar los más sutiles estados emocionales, si el alma es, en escultura, forma, el principio volitivo que decidió el movimiento de la joven,—esperanza o deseo,—tenía que convertirse en actitud. Al interpretarla, la escultora habría procedido justificadamente si, para avivar lo característico, hubiese dejado sin concluir algunos puntos, abocetados los extremos de la figura; pero no lo hizo, trató, al revés, de cincelarlos con la finura propia de los mármoles que valen menos por la idea evocada que por sus méritos exclusivamente escultóricos. Quiso mostrar, de acuerdo con los principios de la escultura griega, más que con el procedimiento de algunos artistas de hoy, que el deseo generador de la actitud de la niña está además de en su gesto, en toda ella. Si no, ¿cómo explicarse lo concluido la casi minuciosa factura de los pies, de las manos, de los pechos? La delicadeza del dibujo, que indica en los detalles el paso de la voluntad hacia un sólo fin, es aquí algo vivo. En no pocas figuras esculpidas las manos son simples apuntes, indicaciones de segundo término, donde se borra todo lo individual y característico. Estas no; son inconfundibles y se relacionan íntimamente, por su esfuerzo, con el instante moral esculpido en el mármol, con la espera entre dolorosa y risueña. Sin insistir excesivamente en la textura de los tejidos, sin absorberse en minucias anatómicas, sin empequeñecer la belleza del conjunto con el atractivo de un pormenor elevado a la categoría de rasgo esencial, la escultora ha conseguido que las manos participen de la vida; que esperen, que se apoyen anhelantes, que sufran. Son manos vivas, tanto la derecha, recogida en la flexión con que se afirma en el borde de una roca para sostener el busto inclinado, como la izquierda, que asida al tronco de un árbol, se alarga, tendidos los nervios, y realzada, por el estiramiento de la piel, la nudosidad de las falanges. Son manos flexibles y alertas, por donde se ve circular, con lucidez de alegría casi medrosa, la ansiedad que va por el espíritu de la joven, que la doblega en la esperanza de oír la palabra marina.

Y como las manos, los pechos. La agudez sensitiva del pulgar que los modeló debe de ser mucha cuando los ha hecho caer con tal laxitud que siento su pesadez y su blandura. Es el triunfo de la vida. En la mayor parte de las figuras virginales desnudas los pechos están interpretados con no bien escondido temor a la verdad. En su afán de idealizarlos, el artista los ha definido no sólo inertes, en el sueño de la savia, sino en la ausencia de todo rasgo indicador de su verdadero carácter. Más que los vivos y reales, parecen evocar los que resultarían si, abandonando de toda sensación inmediata, abandinásemos su relieve inocente para atender al ritmo de su dibujo, a su plasticidad

abstracta. Estos no. Y no podía ser de otra manera, no sólo porque así lo pide la posición del cuerpo que, inclinado, los deja caer en curva leve y blanda, sino porque la joven está en un instante de ansiedad gozosa, en el despertar de las oscuras promesas de la carne. El instinto la impele, velada de candor, a la pregunta risueña. Si la joven no se definiese así, sus pechos podrían tener la casi inmaterialidad de los que vemos en las figuras representativas de ideas y ensueños; pero como su instante vital es el que arde con el fuego de la tierra, la escultora estuvo en lo estricto al modelarlos en la plenitud de su morbidez pletórica de zumos. Ella sabe que lo esencial de los seres y las cosas, la vida, está por sobre la belleza de los perfiles; y sabe también que acusar al artista por seducirnos con la verdad animal del desnudo es condenar al pintor que nos halaga con la madurez jugosa de una fruta. El intérprete de lo bello efectivo ha de transportar a su obra la imagen de lo que ve, de lo que esté allí, de lo que sienta animarse bajo su aliento. Al definir los pechos virgíneos, al darlos en toda su ternura y candor, la escultora hizo obra sana. Si son bellos los aún no henchidos por la nubilidad, los que surgen de penumbra que apenas los realza, también lo son, y más que esos, a veces fríos y exangües, los que laten anhelosos, los que tienen en su nivelada una sonrisa, y en sus oscuridades un misterio. La pupila que guste de ir por todo contorno suave, deseosa de agotarse en fina y pura delectación sensitiva, podrá divagar por el que define los pechos de esta niña, hasta embriagarse en la dulzura con que ellos se modelan melodiosamente, avivados por el predominio de la luz sobre la sombra.

El mismo respeto por la verdad que guió a la escultora en el modelado de las manos y de los pechos, la dirigió en el modo de tratar la cabellera de la joven. No ignoraba ella que recurrir a los minuciosos medios de la pintura para dar intensidad expresiva a lo que se esculpe, es pobreza, pues si la mesurada disposición de los planos luminosos es simple y seguro modo de avivar una escultura, no lo es acudir a las sutilezas con que el dibujo trata en el lienzo los pormenores de lo que define. Así los cabellos han de ser interpretados en la piedra sin la liviandad de los que transcribe el pincel, han de ser esculpidos en sus planos principales, en los distintos grados de su aspecto general. Aligerar excesivamente sus sinuosidades es desnaturalizar el medio de expresión, es prescindir de la piedra, de su peso específico. El que esculpe ha de buscar no la verdad, sino la verdad escultórica. Al cincelar la cabellera de esta niña, la escultora se preocupó menos de reproducir la ligereza del pelo, que de modelar sus ondas, destrenzadas y sueltas. Más de alguien advertirá que ellas caen tal vez demasiado pesadamente, que parecen estar, por lo compactas, húmedas, lo que induce a pensar en una ninfa recién sa-

lida del agua; pero si atendemos a lo dicho sobre lo justo de la interpretación que han recibido, a ella y no a humedad se atribuirá el que estén así caídos en el simple desenlazamiento de sus planos. Desde la sedeña y amplia torsión que parte del lado izquierdo de la cabeza, su descender continúa el gesto con que la niña debió desviarlas al inclinarse para oír la palabra de la ola; es un no interrumpido plegarse y desplegar de ondulaciones claras y sombrías.

A la vida con que están modelados los manos y los pechos, une la joven la de su faz, delicada y sonriente. Es ella, sin duda, casi vulgar, sin nada que evidencie un pensamiento superior a lo común, ni rasgo que la filie dentro de las caras-tipos, de las que parecen sintetizar el espíritu de una raza o el carácter de una época. Pero si, vista en su perfil inerte, sin el gesto que la anima, su faz carece de lo que pudiera tomarse por signo especial de belleza, ¡cuán distinta la veo en la ansiedad con que espera la palabra de la ola, la voz del misterio armonioso, del mar! Lo inexpresivo despierta, sigue un fin, revela un estado de ánimo; sonríe, sueña. Es el poder de la vida. A su paso, el gesto corrige la fación; lo inerte sufre, anhela... Es algo que va leve pero irresistiblemente por la figura toda, anima el desenvolvimiento de sus relieves virginales y la inclina en espera de lo desconocido risueño, de lo ignorado gozoso. La joven, así impelida, y sin nada que la individualice como tipo, ni la sitúe en visible punto de la historia, está, para mí, en el límite preciso en que un soplo de misterio la levanta de la materia. Su actitud de tímida espera tiene el estremecimiento, la duda blanca del pétalo de lirio que se siente movido por el viento, próximo a caer... ¿Qué la induce a inquirir en el abismo? ¿La esperanza, el amor?

★ ★

La vida. ¿Pero cuál? La joven no lo sabe. La chispa que viene sobre la curva de la ola y se apaga en el bullicio de la espuma, le dirá que la vida es algo encendido y fugaz de que es preciso absorber brío y ensueños y alegría. Y la niña la escuchará, pues el instinto que la dirige está ávido de toda revelación que lo avive, que lo estimule. La más leve frase de la ola será una idea, y por ella, la joven sabrá que no debe huir de lo que la circueye; que no por venir la ola des- envolviendo una línea individual, lo hace desligada de los vientos natales, lejos de las otras olas, de las que avanzan en leves ondulaciones unánimes. Sí, sabrá que no necesita concentrarse en lo íntimo, romper con lo que invisiblemente la une a las ideologías o quererles, o a las cosas, pues cortar uno a uno los hilos que la ligen a lo que está fuera de ella, sería reducirse a la inmovilidad, volver a la quietud de lo inerte, prescindir de lo más digno, de lo más puro, de la vida expansiva, de lo que o no es nada o es

el aroma de las energías, que vienen de la tierra, suben por la sangre y florecen en el alma. Y apenas impregnada de este sentir sobre lo inútil del aislamiento, oírás cómo tampoco necesita entregarse al más allá de la línea que señala el confin de lo visible, difundir en lo ilusorio lo inmediato y real, pues ello sería perderse en lo desconocido, dejarse dominar por los sueños heredados. Así llegará a penetrarse de que, influida por un pensamiento, por la supervivencia emotiva de la fé, o por lo que sea, puede encenderse y arder por un instante sin consumirse; pero que si uno de sus estados de beatitud, de amor, o de gracia, se prolonga indefinidamente, la energía que la mantiene erétil y victoriosa, caerá con las cenizas de sus ardores psíquicos. La ola le hablará, pues, de la vida que conoce, del soplo verde azul. Para ella no hay nada sino la luz y el viento, nada sino la alegría de la tierra. ¿A qué la sutilísima pertinacia con que se ha luchado por evidenciar en las cosas las energías del espíritu? ¿No está definida y clara la inutilidad de tal intento? ¿Hay algo superior a lo efectivo, a la belleza de lo que vale por sí mismo, con exclusión de lo que pueda sugerir o representar? Si allá, perdido en lo casi legendario y después, hubo quién se esforzó por visibilizar en las líneas y matices de los aspectos naturales las fuerzas que suponía descender de lo celeste, si anheló desleír lo divino en la naturaleza, él sabría por qué, como lo sabría el otro, el que insistió o ha insistido en lo contrario, el que, en vez de materializar el espíritu, ha ido extrayendo uno a uno los elementos morales de lo que se definía a sus ojos vivo y concreto, para convertirlos en la atmósfera requerida por sus ideas, o aspiraciones. El brío del uno valió el brío del otro. Subir por la línea de una brizna hasta lo divino o descender de lo divino a la línea de la brizna, han sido movimientos alternos en que el hombre ha gastado el exceso de su potencia creadora. Mas como él es el resultado de lo que ve, como el rumbo de un perfil es la orientación de un ensueño y el matiz de una cosa, el tono de una emoción, sus ideas sobre el mundo han sido, en el fondo, tan inútiles como bellas: una simple resonancia de lo admirado bajo luz risueña o triste.

Así, ¿qué, si no esto, podría decir a la joven la ola? ¿Qué sino hablarle de cómo la vida, generada tal vez por un leve y fortuito roce de los poderes y las fuerzas perdidas en lo eterno, ha de mantener, al trayés de sus más desconsoladores episodios, la alegría de su origen nupcial? Sí, y le dirá que la vida, tal como ha de entenderla ella, la entendieron ya los helenos, pues si hubo días en que la tierra vagó por lo infinito ebria de placidez, fueron los días en que circuló tanta divinidad por el hombre, como por la planta y el animal, los días griegos. La vida que ellos apuraron en el culto de la luz serena, es la que ha de discurrir, fluido celeste,—por la ti-

mida y desnuda carne de la joven. Ella será un soplo aventador de lo que luce por desviarla de su fin terreno,—las ideas transcendentales, las aspiraciones místicas—de todo lo que debe ser dispersado como ceniza de vanas combustiones teologales. A la suave caricia de ese aliento, no habrá para la sensibilidad moral de la niña más belleza en el orden de las cosas que la menor o mayor capacidad que ellas tengan de producir placer. Lo negativo, las disonancias del dolor, no serán para ella sino los silencios del melódico poema de la vida, las penumbras intensificadoras de sus manchas risueñas y claras. Dirigida por este sentir, su alegría será virtud. Y leve, y casi translúcida por la ausencia de los temores que se remueven en el fondo de las creencias sagradas irá por la vida, como una luz transfigurativa de lo que vea, como un principio de albor matutino que se deslizara por el haz de las cosas, esclareciendo sus líneas, colores y formas.

* *

¿Siente la niña el decir de la ola? Si, por eso sonríe y se define de modo que armoniza con la palabra del mar. Y es tan definido su lineamiento, que se desenvuelve sin una sola incidencia dispersiva de su avance risueño. Su unidad, es el fin a que tienden sus esfuerzos, pues del estiramiento inflexivo del pie izquierdo y de la presión de la mano derecha, parte un principio de voluntad que decide el movimiento, el atisbo dichoso. Bastaría que un punto cualquiera del cuerpo se definiese no influido por el paso de esa onda volitiva, para que la unidad del lineamiento se perdiese y la imagen apareciera, escultóricamente, dislocada. Para conseguir esa unidad, la artista dirigió el sucesivo disolverse de un relieve en otro, a un solo punto, a la sonrisa, y todo de manera que ninguna de las sinuosidades se muestre inadherida al intento por revelar, y sea desligada de la corriente de vida que pasa por ellas para florecer en los labios. En algunas obras, esta unidad no se ve de modo preciso: la actitud es algo fugitiva, minuto de un movimiento que se desenvuelve unido a lo anterior y a lo posterior de su aspecto escultórico; algo que no se puede percibir en sí mismo, en sus líneas fijas, actuales, sino en la continuidad de su acción. La falta de un punto que inmovilice lo que huye es causa de que las figuras se diseñen en lineamiento vago, que sus perfiles se pierdan, por un lado, en lo pretérito, y, por otro, en lo futuro de su actitud.

La línea de esta joven es definida y clara. No necesito recurrir a ningún convencionalismo artístico para verla desenvolverse fina y perceptiblemente, sin nada que entorpezca la sucesividad de sus principios de acción, esos que venidos de aquí y allí, de los centros de apoyo,—del pié, de la

mano,—suben por las piernas, llegan al torso, se inclinan en la espalda y se detienen por fin en la sonrisa, en los labios, punto en que el melodizado esfuerzo de los músculos se convierte en alma.

Al seguir esta línea, al agotar el desvanecimiento con que las sinuosidades pulidas se pierden en las partes oscuras de la piedra, veo descender por sus relieves una luz tan suave como la que debió de ir por el torso de la niña cuando se inclinó sobre el abismo pálida y desnuda. La fluidez con que esa luz se desliza por el contorno del cuerpo juvenil, contribuyendo, más que nada, a definir su atisbo, a precisar el dibujo de su acción, es para mí una delicia visual, algo que sentiré indefinidamente, pues cuanto hay de sutil y de gracioso, ella lo insinúa, y cuanto de melódico y níveo, ella lo resume. A su paso, el movimiento de la niña, su ace-

cho adquiere, poco a poco, una belleza transcendente. Impelido por ella, entro a lo posible, a lo ilusorio, mas temeroso de disolverme en vaguedades, vuelvo, un instante aún, mis ojos a la piedra. La sonrisa, que en las esculturas helénicas es reticencia, y en las cristianas ensueño celeste, es en ella vida. Bajo la alegría de su florecer, el enlace de los valores luminosos del desnudo,—los pulimentos, los alboreos,—se disipan, mueren; ella es el punto mímico en que se reúnen, trémulas, las ansiedades y las esperanzas de la niña. Me detengo, pues, en su levedad; hay en mí silencio y quietud. Mas, de pronto, atraído por la juvenilidad de la línea, que va más allá del dibujo, de las sombras pudorosas y de la luz y del candor, me enciendo y sueño como una de las pálidas llamas vitales que arden en las rodillas, en los pechos y en los hombros del cuerpo nevado...

